

ANEC

En defensa de la agricultura campesina

Olivia Acuña Rodarte

Profesora-investigadora de la UAM Xochimilco

Dicen que las crisis son oportunidad de cambio, de renovación. La Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productores del Campo (ANEC) surgió en 1995, en una coyuntura de crisis económica y de transformación radical de las políticas rurales, hechos que colocaron a miles de campesinos en el dilema: renovarse o desaparecer.

Ese momento fue el punto de arranque y el elemento que comenzó a darle identidad a la ANEC como un nuevo actor no sólo en el mercado agroalimentario, sino en la vida social y política. Los socios de la ANEC decidieron impulsar un nuevo modelo de organización económica campesina que diera paso a un sistema de producción y comercialización agroalimentaria que equilibrara, entre otros aspectos, los objetivos sociales con proyectos viables en términos de rentabilidad. Hoy la ANEC representa la mayor red de organizaciones productoras de granos básicos del país. Pero optar por el camino de la defensa de la agricultura campesina en un contexto adverso no ha sido fácil.

En el terreno de la lucha económica, construir alternativas viables ha obligado a desplegar una constante y creativa renovación organizativa, empresarial y política. La batalla por desarrollar mercados agroalimentarios equitativos y justos por medio de la administración campesina de la oferta se vive cotidianamente. Enfrentar las estrategias de los intermediarios rebasa con mucho las capacidades de los campesinos organizados. Es una lucha sin cuartel, sin concesiones, pero hay que decir que las ventajas de las grandes empresas se han dado con la anuencia, cobijo y apoyo gubernamental, producto también de un sinnúmero de intereses políticos de funcionarios y empresarios.

Hay fuertes desafíos. Si bien han logrado ser eficientes, las empresas sociales que integran la ANEC se enfrentan a los riesgos del economicismo, del productivismo, de la utilidad y la ganancia para sí, y es que en la apuesta por buscar “acomodo” y resistencia en un contexto neoliberal, se corre el riesgo de construir aparatos económicos cada vez más alejados de los productores y por tanto de los beneficios sociales. Bajo estas contradicciones, desarrollar otras formas de “hacer mercado” ha obligado a la ANEC a revisar y cuestionar en los años recientes su modelo económico, particularmente sus instrumentos comerciales y financieros, pues la búsqueda desenfrenada de la rentabilidad puede resultar en la ruina de los propios productores.

La ANEC ha ido estableciendo una nueva relación con el gobierno. Las organizaciones del pasado se caracterizaron por la confrontación con el Estado o por su sometimiento; con una nueva forma de construir el desarrollo rural a partir de organizaciones sociales, relacionarse de otra manera resulta indispensable, pero también presenta el reto de romper las viejas prácticas clientelares que hoy día se dibujan como “azadón” del control panista en el campo, pues recursos públicos se utilizan para romper dinámicas organizativas, y es que recuperar la autoestima colectiva tras 70 años de manipulación y control no es fácil pero sí una de las apuestas de la ANEC.

Influir en la decisión, operación y evaluación de las políticas públicas ha sido sin duda una de las mayores aportaciones de la ANEC a la lucha campesina. En los años

recientes la asociación ha tenido un papel central en la redefinición de políticas y particularmente en las discusiones sobre la asignación anual del presupuesto al campo y la transparencia de los recursos públicos, pero, al igual que otras agrupaciones, ha debido lidiar con el subejercicio fiscal, la concentración, la dispersión, la discrecionalidad y el manejo partidista de los recursos.

Un reto de la ANEC es desafiar la dinámica paternalista de la gestión de recursos como mecanismo de adhesión y de conservación de la base social que caracteriza a muchas organizaciones. Por ello su opción es el fortalecimiento organizativo por medio del desarrollo de capacidades locales, la gobernabilidad campesina, la rendición de cuentas, la planeación estratégica y las auditorías sociales.

La ANEC se ha convertido en uno de los actores centrales de la movilización social de los años recientes. Destaca su capacidad para construir alianzas y procesos sociales en lo que fue el Movimiento El Campo no Aguanta Más (Mecnam) y en la Campaña Sin Maíz No Hay País; su participación en el Movimiento Indígena y Campesino Mesoamericano (Moicam), en el Consejo Nacional de Organizaciones Campesinas (CONOC), en las coaliciones civiles trinacionales contra el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y en el Movimiento en Defensa de la Economía Familiar.

Estas alianzas implican tolerancia, respeto mutuo, proyectos comunes, pero también el reconocimiento de las adversidades, de las debilidades y de los riesgos que implica tratar de establecer nuevos canales de diálogo con el Estado. El papel de la ANEC aquí trasciende al promover como método de trabajo la autocrítica, la discusión, el análisis y la retroalimentación.

En la búsqueda por redimensionar la acción campesina, destaca la defensa por la soberanía alimentaria como un elemento de confluencia entre estos procesos sociales y la misión central de la ANEC. Lo interesante es que en el encuentro de demandas comunes, y de ésta en particular, se han desplegado otros mecanismos para incidir políticamente en la agenda nacional, como el uso de los medios de comunicación, los foros de discusión y la recuperación de espacios de análisis como es el suplemento *La Jornada del Campo*.

Los miembros de la ANEC son productores organizados que enfrentan las adversidades. Que trabajan para resistir y revertir un modelo económico en que los campesinos no tienen cabida. Su principal punto de coincidencia es la convicción de que la agricultura campesina puede y debe ser la encargada de proveer de alimentos a la población mexicana en las condiciones más justas para ambas partes.